

SOTO DE ROJAS, PEDRO (1584-1658)

*PARAÍSO CERRADO PARA MUCHOS,
JARDINES ABIERTOS PARA POCOS*

ÍNDICE

(VERSIÓN EN POESÍA)

Mansión Primera

Mansión Segunda

Mansión Tercera

Mansión Cuarta

Mansión Quinta

Mansión Sexta

Mansión Séptima

Mansión Primera

Entre amargos fragmentos de murallas
y periodos tristes de ruinas
que de los tiempos la horrenda historia
ofrecen sin ornato a la memoria,
y a malicalaveces y almohades,

con los turbantes de su media luna,
donde tantas se ven obscuridades
-mal venerada estuvo la fortuna-
ilustraron coronas de ciudades,
aquí, entre el duro estilo

que escabrosa vocea
de un cerro antiguo la cabeza fea,
por voluntad divina, humano aviso,
delicioso pronuncia un paraíso.
En la luz verdadera,

¡oh Clío glorioso!,
el vuelo alterna y arde mariposa

mientras le ofreces a mi dulce pluma,
de obras de tanto actor, pequeña suma;
que si le das inspiración entera,

alas al genio mío,
suspenderá Genil su cristal frío,
y de los siglos la estación postrera
aplaudirá mi canto en su ribera.
Aquí, pues, verdes señas

que los cuidados hacen a el aseo,
varias declaran flores,
ya que no como amantes advertidos,
como cortés lisonja a los sentidos.
Aquí hermosos cometas de esmeraldas

dulce influyen descanso.
Aquí el Favonio manso,
si fragancia olorosa
derrama entre la hierba, entre la rosa,
toca tanto instrumento,

que apenas comprenderlo puede el viento,
y, entre mil ruiseñores,
citarista de pájaros cantores,
los brazos tiende este jardín hermoso,
verdoses conquistando,

como lascivo nadador luchando
con cristal espumoso.
Los fenices de Alcín, lisonjas bellas
que en sus flores trasladan las estrellas;
ricos los atenienses de Epicuro,

babilonios pensiles,
competencias son viles
-la flor que se desmaya
a la presencia del calor estivo-,
los cultos son sepulcro de Lucano.

Los del claro romano,
que a Otavio festejó y el de la cumbre
de Gelboé -desmantelado muro,
bálsamo por Cleopatra mal seguro-
pequeñas son centellas desta lumbre,

manso alivio a la humana pesadumbre.
No la imagen del círculo más claro,
que Euclides manifiesta,
no de Vitruvio ocupación molesta,
en triángulos, óvalos y cuadros,

triglifos y metopas,
vio tanta luz, correspondencia tanta,
cual esta leve, armoniosa planta,
que, en diez veces cincuenta
varas, siete mansiones alimenta.

Hija de Temis, una, la más bella,
a quien nieto de Tíndaro bizarro
luciente sirve de galán bracero,
ésta, Titán de su balcón primero,
humilde galantea,

solícito la asiste, la pasea,
antes que oprima el encendido carro.
El Céfiro apacible
discreto es mensajero.
Zahareña, se humana

del ponerse de el sol a la mañana.
Cándida copia de cristal travieso,
apacible tesoro
que la sierra opulenta
de Alfacar generosa le presenta

-o vena desatada
de la antigua sangría,
que a tanto humor secreto
la gran sabiduría
ordenó providente-,

la acompaña la noche y sirve el día.
Obscuro el seno de apacible gruta
este Jordán desata,
que en aluvión es plata
y en alusión es oro;

el mar tempestuoso le tributa
al arco descollado
prodigios de marismo variado
que, sobrepuestos a los monstruos peñas,

dicen las obras de su actor por señas.

Al arquitrabe y frisos
carmín los cubre lisos;
columnas, basas, nicho y capiteles,
oros ilustran, platas y cinceles.
Paraíso cerrado,

acero que empuñó filos ardientes,
querubín enojado
destierra inobedientes.
Y la obediencia, luego,
sobre peñasco hermoso

que del cristal corriente se retira
a fundamento humilde
de la piedra angular o a impíreo cielo,
cándido objeto de paloma mira
y oye la voz del Padre poderoso

que a la luz disfrazada corre el velo.
La voz de los desiertos, entre pieles,
la palabra, entre carne, de la altura,
decoro a los vergeles,
forma aquí la escultura

bautismo misterioso,
antes que necesario o que forzoso;
vertiendo concha de oro plata pura
tan soberana fuente,
que se conoce en su presencia todas

suspender su hermosura y su corriente.
Bajel de Malta alado,
no de ambición, ni de razón de estado,
no sobre lo legal, ni posesivo:
de murtas dos, sobre el verdor lustroso,

dulce batalla emprende
-la quilla al agua, el gallardete al viento
y a la peña el cimient-,
cual las almenas a su media luna,
un castillo roquero,

que si parece defenderse fiero
de las cándidas cruces,

lanzas, picas, venablos y arcabuces,
tan dulces dan heridas,
que antes regalan que destrozan vidas.

Galán valiente atiende
al material düelo
un murallón que, de jazmín vestido,
de perlas matutinas coronado,
si balate de noche no estrellado,

cielo es a todas horas florecido.
En la velluda de su asiento alfombra,
no la sutil aguja,
el telar, no, costoso:
cuidadosa tiserá

con atención dibuja
el nombre dulce de inocencia santa:
de brótano limpísimo es la planta,
y entre hisopillo, cuanto azul, celoso,
de un soplo, de una sombra,

a la pureza entera,
corona en breve, si olorosa, esfera;
como entre lazos de real tomillo,
la castidad que, con amor sencillo,
enlazó de Jesé la primavera.

A tanta hermosura corre el velo
de sus galas felpada Cipariso,
bellísimo Proteo,
que ejecuta en verdores su deseo.
Aplauso a los vergeles,

calidad de su culto,
admiración debida, si primera,
imita actor eterno.
Viste al desnudo reo,
como a su deliciosa compañera

-que influjo vil de apetitosa esfera
con dulce halago tierno,
de femenil insulto,
quiere introduzca entre golosas mieles
duro agujijón eterno-,

forma al león rugiente,
cuanto más atendido, más valiente;
plumosa ofrece escuadra,
hija del agua y del calor del día;
cual si el viento taladra,

imperial los rayos desafía,
que, turba escuadra de nocturnos vuelos,
la sierpe cautelosa cual conduce
a su albergue piadoso:
uno, despliega el cerco numeroso,

que cien ojos contiene;
otro, el pico y las garras le previene
al rapante enemigo,
que baja de los cielos
en real cetrería

y aquél que escucha y por hablar porfía
aquí ostenta fiscal que, cuidadoso,
con vista recogida sobre acero,
la fiera acusa y amenaza al ave;
bien es que oculta el fuego verde llave.

Mientras recoge velas marinero,
que al manso puerto con quietud reduce,
de mirtos frescos, deleitosa nave
que de fortuna ni esperanza sabe,
sobre áncora mojada,

todo en calma un océano de flores;
a los silvos de un céfiro süave,
se regala entre aromas remolcada,
cuando patrón galante a anciana esposa
con regocijo llega,

y el gran tesoro de la paz le entrega.
Monte de hermosuras acredita
prodigios cuantos forman los verdores,
el cazador de Arcadia aquí gigante.
Su tierna corza, herida,

cobra en dolor y lágrimas la vida,
mientras can que, anhelante,
aplaudirla parece dolorosa,
y el uno y otro que lebel la acosa,

engañando la vista, resucita

carrera polvorosa,
que en esta duerme alfombra deleitosa.
En fiestas bacanales,
no a brutos comedores,
a compuestos, lucidos cenadores,

moscatelones brindan dos parrales,
y en banquete opulento,
donde los platos sirven ciento a ciento.
Sutil al más olfato deleitable,
a codiciosa tanto, que insaciable

vista en huéspedes muchos repetida,
no hay pared que severa
ostente rigurosa
mano y pluma difícil, si extranjera;
los términos negando de la vida,

pelusa sí, por festejar vestida
lisonjeros verdoros,
galanteos cuidados, escarchados
-ya con plata olorosa,
ya con jazmín bruñido-,

dulce armonía de mejor sentido.
Jorfe, pues, de los arcos repostero,
es galán, es curioso,
que mesas cuida en el salón primero;
con tellices corteses de esmeraldas

las cubre reverente,
diamantes cuantos hizo derramados,
de precio por sus fondos numeroso
que al ámbar más soberbio desafía;
de estima por su término oloroso,

tantos hacer consiente
halagos a las sombras de la noche,
lisonjas a los términos del día.
A dos agros les guarda las espaldas
del cierzo su enemigo:

es el uno lambique de dulzores,
ciencia del bien y el mal, cáscara y casco;

el otro, a las riquezas del peñasco,
cuidoso cobra la corriente plata
y un vínculo de almíbares desata.

De barro enfermo a quien el baño sana
de líquidos metales
goza ricos estrados,
con anguillas, con peces dibujados,
entre almejas y conchas desiguales,

Naya que viene a festejar las flores.
Y, agradecida, ufana
a los aplausos deste sitio hermoso,
un tesoro presenta bullicioso,
por diez y siete desatadas venas

que deja en torno al respetado asiento,
flechando el aire, regalando el viento,
respirando dulzores,
aljofarado entre su verde falda,
rubí, zafir, topacio y esmeralda.

Mansión Segunda

En grado, no de altura, al diestro lado,
en grada, sí, descansa,
cubierta con quietud, mansión segunda;
aquí el Favonio se quedó pasmado,
al dulce respirar medio falsete,

capilla alada en natural motete.
En mesas ricas de jazmín florido,
el discurso, el sentido,
a cada cual cantor sirven librete,
cuyo punto nevado

concuera con la letra que ha estudiado.
Baco en cama de viento está dormido;
colcha de tela a que se dio tebana,
desvanecida, en su verdor se ufana.
Aquí la madre de las selvas mansa,

suelta, tiende su greña,

con diamantes dulcísimos sembrada,
cuyo fondo desdeña
majestuosa, al ámbar zahareña.
Por término se alberga tan süave,

en deliciosa bóveda campea
alcázar de las flores,
de las Nayas palacio,
que silencio y quietud guardan la llave.
Exhortación pequeña

a delicias y gustos temporales,
hace con sus almizcles la cermeña
Dos minas la enriquecen de rubíes,
con mucha joya sin buril labrada,
que el Guzmán de Baeza

se las dejó para mayor grandeza.
El árbol, por sin fruto condenado
del gran Jüez, se le ofreció doblado,
y la tiniebla horrible
la acompaña apacible;

la sombra, en tanto albergue se pasea,
y la luz disfrazada,
aunque tocia se da, viene tapada.
Mientras sobre tachones de topacio,
en el quinto palacio,

guarda el decoro atento
cuantas vieron ejércitos brillantes
túnicas animosas de diamantes,
cuantos arneses de fulgente acero
dio la pesada mano,

dio el martillo ligero,
la lima porfiada,
que a la prolija majestad agrada,
de oficioso Vulcano;
aquí ofrece combates ciento a ciento

más delicioso Marte que sangriento.
Feroz, no con lucrinos batallantes,
bizarro se embaraza,
alentando pomposa galeaza,
escuadrones lucidos de mosquetes,

y galera real con gallardetes,
que, a incontrastable fuerza echando escala
de castillo fosado,
cada cual le regala
a un tiempo y le fatiga su costado.

La pertinaz galante artillería,
con el humo de balas, que son perlas,
moja las luces del amante día;
y si la noche mereció cogerlas,
morena, pero hermosa,

con pabellón de aljófares reposa
y, entre faroles de cristal luciente,
todo plata respira combatiente.
Artificiosas mina y contramina,
preñadas de materia cristalina

quiebran, si llegan, al partir la fuente
de Naya hermosa, sucesión corriente.
Sarcófago florido,
tálamo delicioso de Cupido,
término dulce a su fatal carrera,

halló Siringa aquí, ya no ligera.
Y en süave certamen, no contienda
-que a cada luz la perdonó rendida-,
desafía olorosa,
cándida, permanente, bien prendida,

a la purpúrea ofrenda,
que en ara religiosa
recibe alegre la Citerea diosa.

Mansión Tercera

Tres gradas dan respeto a las peanas
que, en la mansión tercera,

honora culta, matizada alfombra;
de Pomona y Vertuno
tálamos abundantes

mesas son siempre llenas, siempre ufanas;
ricos presidios de apacible sombra,

por cuya majestad verdes gigantes,
que cubre el sol en Tauro de diamantes
la fértil primavera,
el seco estío, sin respeto alguno,
le perturban la entrada,

cuando la goza exenta
el Aura más humilde y más templada.
Y en rica ofrenda de tributo honroso,
tiernos granates dan que, en dulce copia
más a la espuma deben de Neptuno,

en su color, que al sol los de Etiopia.
De Bérghamo el rocío venenoso
pudo juntar en uno
el más néctar sabroso
y süave ambrosía,

que ofrecen reverentes a porfía.
Unos, las esmeraldas sazonadas
les sirven prolongadas;
otros, en competencias desiguales,
rubíes imperiales.

De Italia el buen cristiano a su tesoro
mermeladas les trae en vasos de oro,
y los que no tan ricos,
en almíbar de aljófares, bolsicos.
Datilado el membrillo,

píctimas cordiales
y lotos los manzanos,
pomas gigantes dan, y son enanos
Abrevia y adelanta su dulzura
albérchigo de Toro,

a quien sucede el fruto de Alcaudete,
y el pérsigo dorado,
que se ostenta, si herido, ensangrentado.
El hijo femoral de Jove agosto,
ya que portero no a tan gran retrete,

presidiendo a la fruta y la verdura,

de tanta guarda es capitán robusto.
Desde entonces hermosas
las fértiles paredes
destos ricos palacios,

y esmeraldas, se visten de topacios;
cuando cimbas costosas,
en pámpanos opimos,
de perlas, plata y oro dan racimos.
Ufano el pavimento en sus colores,

aprisiona la vista entre las flores
y el oído entre redes,
fragrancia que del aire dan las rosas.
Suspenso tiene y, de su voz colgado,
al más huésped, o menos admirado,

por más atento, o discursivo menos,
si no excusa el oílo,
ramillete de pluma el jilguerillo,
rico galán de la apacible Aurora,
que es flor volante del jardín canora.

Eco süave al dulce paraíso,
camachuelo narciso
del agua no, del viento lisonjero,
de escucha, y en su canto se enamora.
Clarín plumoso y órgano ligero,

en la materia linfa, que es volante,
si en lo formal océano elegante,
el rui señor, el Anfión con vuelo,
asido al blando ramo,
sube en su voz y se avecina al cielo;

de firmes sostenidos,
hecho de sí reclamo,
con dulces pasos baja,
y con tiernos quejidos
arrastra, regalando los sentidos.

¡Oh -amorosa ventaja!
¿Qué es esto? ¿Espadachín enamorado,
nocturno paseante,
desvelado cantor, músico errante?
¿Quién tanto vio en el suelo?

¿Quién tal fineza, en tan pequeño amante?

Mansión Cuarta

Deste, pues, admirable de la tierra,
hijo imperial, corona es aseada,
cuarta mansión que, puesta en quinta grada,
se opone al cielo que le mueve guerra.

¡Oh cuánto Polux yerra!
Que siempre está seguro
quien tiene al cielo por defensa y muro.
Cimba es de un artesón su medio globo,
ya claro azul, sereno,

ya con rayos lucientes de oro lleno,
ya pardo, ya mezclado,
según siempre los tiempos variado.
¡Ay, cuántas veces de cuidado absuelto!,
¡ay, cuántas en su albergue las estrellas,

de grandezas distintas,
pero conformes en el fijo asiento,
residencié, con cuerdo atrevimiento,
mientras con luces bellas,
sobre el discurso suelto,

atando estaban influencias ellas!
¡En cuántas lides fueron vencedoras
mis pasiones rendidas,
que destrozaron las dos pudieron vidas
y los siempre alterados mis sentidos,

que en esta paz reposan convencidos!
Cuando espíritu claro,
desdeñadas las más alegres horas
que sabe y puede dar el tiempo avaro,
entre plumas del viento voladoras,

llega a la edad que mide tres edades,
eternidad de tres eternidades;
y lo que allá en su mente había resuelto

ve criar de la nada
-no de materia o semen preparada

con virtud de su espíritu profundo,
o su infalible ciencia,
o inmensa providencia,
o con quererlo sólo
cuatro sustancias con principio al mundo

una, el Olimpo, alcázar soberano,
que todo puro entendimiento habita;
y es segunda sustancia
la luz que goza clara en cerco escrita;
tercera es la sensible

de toda material forma posible;
la cuarta, el hombre, epílogo en que funda
cuanto obró su poder causa segunda.
Vuela por las escamas,
engólfase en las plumas;

visitando la esfera de las llamas,
falta a la ciencia de los ceros sumas;
mira, entre sus distantes calidades,
admirables concordias y amistades,
general semejanza

en todo lo criado,
desigual trabazón, correspondencia
y especial diferencia.
A la pesada tierra
vuelve las testas; visitó ganchudas

las pieles ya cerdosas, ya velludas;
trompas que no convocan, que hacen guerra,
los colmillos tajantes,
las conchas vigilantes,
púas, garras cruentas, voladoras,

y cuantos buscan las nocturnas horas;
y, al fin, penetra el centro,
ve la piedad y la justicia dentro;
teme y, en tanto riesgo, amando espera
volver de aquesta a su luciente esfera,

pues cuanto encierra del jardín la planta

es ABC de aquella ciencia santa.
La vista, agradecida
a tan dulces favores,
se vuelve alegre a festejar las flores

y, alentando al principio de la vida,
le obliga a que despida,
en voces apacibles,
alabanzas, si iguales no, posibles.
Es tanto acepto el sitio religioso,

que, ajustadas sus cercas vencedoras
de su enemigo el hielo,
salvas y limpias las recibe el cielo.
Aquí de invierno se vistió el verano
con cuidadosa mano

que borda rico a su gabán el campo,
de la mosqueta y del jazmín, el ampo;
y los vientos, si mansos, desiguales,
en puertas de el olfato dan señales.
Docto el estanque entre las cultas fuentes,

le muestra el día, en su purpúreo asunto,
elegancias con lenguas diferentes.
Ejército de peces numeroso
este inquieta de Neptuno asiento,
que adora el sol y que venera el viento,

con su tridente lo alimenta y crece;
glauca, en tanto, Anfitrite le obedece
que hace, asida a un caracol torcido,
catadupas sonoras al sentido,
cuando, a su lado junto,

Doris, quitando enojos,
con lanzas pasa de cristal los ojos.
Flechas a las orejas
tiran las aves con sus dulces quejas;
que este sitio, y la jaula que las cierra,

cielo parece con disfraz de tierra.
El rico maridaje
de calidad, de majestad consente
a toda planta rústica, excelente,
hace que, despejando, le agasaje.

¿Qué mucho, si, arrimados para honralle,
le asiste el de los Vélez, el del Valle,
y el de Damasco, embajador discreto,
tras un verde tapiz guarda el secreto,
mientras el de los Arcos,

cuando menos alcanza y más merece,
cuatro ricas ventanas les guarnece,
con que en este hemisferio
más gozan hermosuras que en su imperio?

Mansión Quinta

De el sol bajando a la cerúlea cama
por calle de dos murtas tan amena,
que si a una parte el jilguerillo suena,
tiorba a esotra de cristal le llama,
se llega a hermosa quinta
esencia, si mansión, de los jardines,

cuyos principios, medios, cuyos fines,
son ejercicio honesto,
aceptos sacrificios de alabanza,
quietudes en que nace la esperanza.
De virtud en virtud la vista ufana,

de hermosura camina en hermosura;
dulce, sin embarcarse, a Colcos llega,
do su tesoro de cristal entrega
al dragón, guarda horrible, cuyo gesto
tras muros tres con dientes almenado,

de rabia, enojo y de braveza armado,
lenguas vibrar indicia de venenos;
mientras la murta, de sus verdes senos
fragancias derramando
y en soplos tiernos respirando aromas,

rendir sus fuerzas ve al silencio blando.
El árbol que, opulento en este monte,
grande es primero de el tusón de España,
del Arimaspo espiración sucinta,

si no del Dauro aliento dilatado,

rico asiento es de perlas que la Aurora
grata presenta a Flora
una y otra mañana
Oh, cuán cortés en hebras las recoge
-mójose, o no se moje-

sol que, mirando la del sur campaña,
la concha tarda, en recogerse apura!,
sol que, cuando sediento,
las muchas bebe lágrimas del viento;
majestuoso tronco refulgente,

no en lo vano eminente,
en los que alcanza triunfos desafía
del orbe a la mayor genealogía.
Hojas tuyas coronas son, tiaras
de tanta rama y óvalos sus pomas,

imperios cada cual reinos contiene;
devoto el mundo llega, a cuyas aras,
a cuyos pies, con sus tesoros viene.
Éste, a quien peina el Aura hermosa greña,
cándida planta y olorosa enseña,

cuando Flegón y Etonte,
sobre el anfiteatro de Zafiro,
el blanco toro encienden con su tiro,
a mucho aliento abriendo
las narices fogosas,

relinchan, tascan, entre manso estruendo
con dientes argentados, frenos de oro
-¡su espuma aljofarando cuántas rosas!
y pesando la libra el gran tesoro,
con término templada, peregrino

lo viste del caudal del vellocino.
Bridón majestuoso
-en galán, Valenzuela,
obediente a la rienda y a la espuela,
raza con calidad de Andalucía,

color deste país y su alegría
es sucesor de aquel milagro griego,

que en nueva juventud, con bulto hermoso,
desnudar lo caduco pudo y crego
¡Oh hierbas bien templadas,

a extraños vencimientos enseñadas!
Tierno amigo de Febo,
dispuesta al monte aljofarada gala,
su mejor le prestó vestido nuevo,
y la de Oete hija, de Esón nuera,

criminal vencedora,
más cruel que Atalanta en la carrera,
de su amante a los visos se colora.
Mal enseñada al ocio la pureza,
la castidad, Diana -el arco al viento

tendido- al monte sigue el pensamiento,
dejando destrozado
el que dio a su recato gran cuidado;
un ciervo que, ante el móvil poderoso,
los tesoros registra de sus años

en el volumen que le dio ganchoso,
y nonacrino el escuadrón hermoso.
Los sátiros extraños,
con pie disforme y con neutral cabeza,
del miedo y la belleza

a muerte condenados,
se quedan en la hierba aprisionados.
Aquí la horrenda calidonia fiera,
egea flechadora, tanta espera,
cortés, como cautivo,

sin temor, con acato al dardo esquivo.
Rica consagra de cristal ofrenda,
cándida Naya a imagen de Neptuno,
que a sus, grato, holocaustos, uno a uno,
cuantas de alegres perlas cuentas puede,

tantas y gracias dellas le concede;
bien es su gran poder, así se entienda.
Asentista de el tiempo, el sol activo,
a un telonio de pórvido se arrima,
que de Filabres ocupó la cima;

y en vez de pluma, con nemón de acero
juntando la unidad, el dos y el cero,
nuestras vidas resuelve,
y lo que toma en oro, en cuartos vuelve.
De este país ameno,

con el mejor pedazo se levantan
encelados soberbios, ocho, o siete,
cuyos triunfos autumnales cantan
de mal susurro ajeno,
-sea cónclave o retrete-

coros en él süaves de la Aurora,
con que es callada siempre y es sonora.
De geórgico imperio
-bien que dulce secreto es el misterio-
otros tantos ejércitos volantes

les quitan su riqueza a los gigantes
con cuchillas agudas,
rigor armadas, de piedad desnudas.
¡Oh cuánto da político gobierno,
vencedor siempre, batallante tierno!

Mansión Sexta

Deste cénit de Flora y Amaltea
forzoso es verse declinar el paso
tres gradas al ocaso,
y al norte siete, donde,
entre doseles de jazmín, se esconde

Naya de ninfa, aunque mejor Protea,
pues tantos metamórfosis pasea.
Bella tirana, o justiciera hermosa,
arrebata, conquista
la más severa o vagarosa vista;

corto es trofeo cuando el pasmo advierte
que a un tiempo baja y sube
en lanzas de cristal, de perlas nube.
Cándida niebla ya, en alegre lluvia,
no la de Jove rubia,

deliciosa se transforma o viste,
lisonjeando a quien la busca triste;
y en este ajeno de dotrinas monte,
al discurso elegante noticiosa,
aguda le interpreta

cómo el iris se forma en su horizonte.
Filósofo emblemático poeta,
pisando la testudo
recogida deidad, con labio mudo,
deleita y persüade

a toda virgen que la ve discreta,
y, callada, aquíeta:
sudando aljófár suelto,
en combate apacible, aunque revuelto,
armada bronce y plata fulminante,

pacífica es Belona;
pisando escamas, conchas, Galatea;
cuando de mimbre en círculos rodea
la enhiesta sien, fructífera Pomona
Peligros publicando,

bocina el fauno rompe escandalosa,
que amigable delfín le contradice,
colérico el cristal, si no arrogante;
bizarro a un tiempo, vencedor se aclama,
bien que en sus movimientos sea distante,

natural y violento,
lisonjeando al regalado asiento;
ya elevada la trompa de su fama,
a ver concordes vencimientos llama
El casi pez venético marino,

frágiles formas de cristal más fino,
jamás ver pudo imaginar, ni tantas
-incite al fuego el animoso viento-
cual ésta con el húmedo elemento,
Naya sólo, y a solas vencedora,

vidros quebrando y congelando muda
víctimas que al silencio ofrece santas
-yo, que a su culto mi atención consagro,

alcanzo al fuego manso que la ayuda
no ser necesidad, aunque es milagro-

de la mayor amenidad sitiada,
cuatro piezas le asesta,
que en los combates de la ardiente siesta,
pavés aún no vencido
de infatigables rayos,

de batir dismantelan sus desmayos.
Bóveda hermosa de cristal cuajada
noble señal de Fidas elegante,
oro, azul, plata, goles colorido,
contiene escudo -respetó el olvido-

estrellas rojas y águila rapante,
fijas en él y esferas de la fama,
su nido en Valdeconcha de alta rama.
Al material actor o al instrumento
de tantas variedades,

retrato ofrece en su ejercicio solo
Guevara, de Alejandro acción, y Apeles
representó, cuando Átropos, de acero,
golpe tiró el postrero;
quedó con vida el lienzo, y los pinceles,

a mayores edades,
y a más noticias del opuesto polo
Por los países fatigar el viento,
cuidadosa se ve la cetrería,
ocupando los términos del día.

Y del aire en la pesca más plumosa,
o caza de las ondas más mojada,
barquilla deleitosa,
con galas y hermosuras sumergida,
peso del alma y cargas de la vida,

se conoce ocupada,
insinuando a canes guedejudos
a aprisionar hinojias libertades
entre cañas conformes, entre nudos.
El rubio Pan siguió la ninfa bella,

que hoy partida guarnece,

sin verduras, sin flores, sin brotones,
tres de cándidos yesos artesones.
Vitruvio, en tanto aseo, su elegancia
acusa de ignorancia,

viendo de Zeuss el pincel facundo
que, aplaudido en los términos del mundo,
por mano de Ledesma en sus fruteros
vuelve a engañar los pájaros ligeros.
De las negras borrascas del olvido

tormentas de la muerte procelosa,
en dos tablas pequeñas,
al cielo dando agradecidas señas,
salen Basán y Alberto
deste retrete de la fama al puerto:

aquél con el piloto
que lleva por sufragio
la nave al hombro en el mayor naufragio,
Isac, no socorrido,
de amor, sí, en holocausto consumido,

y en sacrificio de justicia roto;
éste, del mar con la mejor estrella
que del son muestra a Egipto la luz bella.
Después ya que en la Italia generosa
lugar tomó el primero,

de la segunda pieza en el testero,
al justo dedicado
pone, y su nombre al bronce encomendado,
Jusepe de Ribera,
de su pincel en la estación postrera.

A poca luz del sol, y a mucha sombra,
más con poco crepúsculo anochece,
de metal rubio en la mina batida,
con blanda pluma y mezclas de colores,
las galas peregrinas de las flores,

majestad de las selvas venerables,
las sagradas historias de la vida
escribe o representa,
sobre más mucha matizada alfombra;
bien flamenco ocupado,

más que el móvil primero, tiempo ha dado,
obligando al pincel que viva y hable,
siempre nuevo y estable.

Aunque atezada eternidad lustrosa,
vincula a pincel tanto,

rico el ébano santo,
en vida más perfecta
que tuvo indiano siendo anacoreta,
Rajis un lienzo anima,
con la paciencia del cordero y suya;

Oribe, al rey de fieras embravece,
pintura fresca la hermosura crece
debajo de los frisos:
guarniciones azules y oros lisos
Vecina, pues, comunicarse intenta

mansión que ya penúltima se arrima
a los cultos umbrales del museo,
donde el mejor de su verdor empleo
ofrezca o restituya,
en jazmines, siringas y azahares,

del dulce albergue venerados lares
-puesto que se las debe-,
víctimas aromáticas de nieve.
Mordaz arquillo en la maestra mano,
sin acento profano,

la leva inquieta y los traviesos dedos,
sobre prima y bordones que alterados
dulzores brindan, ofreciendo agrados,
galante Apolo incita, si no mueve
el sabio coro de las ninfas nueve

Melpomene suspende con su canto
los tormentos al reino del espanto.
Sarcófagos horrendos del olvido,
profundas sombras y forzosos miedos,
a la luz desvanece y al sentido,

ardiendo Clío en majestad y en pompa,
con voz de hierro y con sonante trompa,
Calíope, imitando

lo universal, enseña, deleitando.
Tersícore, discreta,

los coros regocija que Talía
teje con primaveras de alegría.
Urania mide la distante esfera,
oficiosa, de Euterpe compañera,
y cuando mueve comedida planta

-dulce al compás de la sonante lira,
que Polihimnia inspira-,
el viento mide festejando Erato,
que aquí reposa en apacible acato.
De la frente elevada de Helicon,

diamantes fueron fondos, la corona,
éstas que aquí de Flora, entre las faldas,
guarnición son costosa de esmeraldas;
si es agasajo ignoro,
no me estuviera mal, a ser decoro.

Si apacible en la Grecia, aquí Lineo
¡oh cuán bizarro esta mansión festeja!,
Bromio, no como entonces denodado,
ostentando dulzores, brinda agrado.
Guarnición rica de la cerca hermosa,

-aunque sitiada en cuadro, vitoriosa-,
arcos triunfales son, a cuyo empleo
más debe majestad, más que olorosa,
a tanta flor noticia, a tanto aseo.
Verdes las calles, cándidos arqueros,

bravos soldados de jazmín florido,
cupidillos de amor llenos de antojos,
dulces rayos apuntan a los ojos,
del olfato, y disparan al sentido.
Hermosuras cuidadas,

majestad generosa,
en su adorno contienen las paredes
que, al regalo entregadas,
o al gobierno sujetas,
a las flores que alcanzan más discretas,

por manos de los Céfiros solteros,

muchas hacen mercedes,
con la plata que vierten olorosa,
al pie doncel de la purpúrea rosa.
Plaza, al fin, que, en defensa del estío,

cuando aún le quita el natural rocío,
necesitar pudiera
un socorro de invierno o primavera,
bastimento abundante,
mientras el sitio dura

siempre y defensa tiene vigilante.
Los que con posesiones y raíces
de su edad bulliciosa en los verdores
muestran valientes bríos,
haciendo al sol galantes desafíos,

y los ancianos, en galán desmayo,
sus fuerzas le desmienten rayo a rayo.
Arbitrio igual al cerca deleitoso,
dulce atalaya espera
ver que Pero Miguel al campo sale

lucido y de opinión que dura y vale;
y que se apreste el gran jayán velludo
que, olvidado su crédito, asegura
las riquezas mayores,
con guardas infelices,

con uno y otro aborrecible nudo.
De aquesta población, los más granados,
por no salir al riesgo, su tesoro
labran y ofrecen en coronas de oro;
otros, mas empinados,

libran, en sus caudales prolongados,
a nona a aquél que les asiste el puesto;
verdes, los más soberbios toman alas
con que subirse a las etéreas salas.
Hija valiente dio una anciana sierra,

del apellido y calidad de Paro,
diestro a cincel de acero,
para que la sacase
de pila, a concha, así que enamorase;
sacóla, al fin, sin culpa, lisonjero,

sin riesgo de rebozo, a mejor claro,
tan noble, limpia y ilustre, que pudiera
honrosa de Filabres ser venera...;
de plata pedestal bruñida informe
de nieve, o sea coturno, derretida,

observante en la ley que fue nacida,
virtud que, si profunda,
es de elevada esfera,
quiere ofrecer a su interior conforme.
A hermosa ninfa honesta, aunque desnuda,

besa el pie regalado,
después que haber parece fatigado,
por la mimbre en que anuda,
gualdados frutos, verdes, carmesíes,
daravenaces, fargues, jaraguíes.

Verdad es que la ilustra y la enriquece
la plata cristalina que respira,
o cristal plateado
que, en orden y atención desperdiciado,
entre lluvias confusas permanece,

y a quien cortés con atención la mira,
aljóforas le arroja y perlas tira.

Mansión Séptima

Euterpe disfrazada,
no me dejéys, aunque en edad cansada,
tened un poco el vuelo,

pasead la carrera,
hasta salir de la mansión postrera
que al rubio oriente en siete gradas sube
a ser retrato, imitación de nube.
De los céfiros blandos sacudida,

perfumes llueve y ámbar respira,
cuando, encendido en hermosura el suelo,
gozando tanto cielo

-si por término breve- en los jardines,
de mosquetas los nieva y de jazmines,

mientras las flores bellas
retrato dan con alma a las estrellas.
Alfombra que os previene al delicioso,
ajustado coturno,
caricias y hospedaje

-si matizada, esmaltes,
esfaltada, matices-
se acuesta entre doseles y tapices
de honrosas esmeraldas
y diamante oloroso,

premio a los pies de frentes glorioso.
En consulta indecisa
-apacible tirana de las horas,
que ofrecí en vuestro nombre a las auroras-
las flores nobles más, las ricas junta

que, en fe del vasallaje,
todas de alegre y de festivo traje,
al propuesto elegante, o la pregunta
de la acogida que se haga al mayo
de sus colores, por abril ensayo,

demostración de su galán intento,
de su riqueza y galas,
ostentativo empleo
hacen, poniendo término al deseo.
Purpúreo dio su parecer la rosa,

con estoques cubiertos defendido:
«Aquí su albergue sea
verde lo general de su librea.
No le asista Saturno.
Tú, elocuente Mercurio, no le faltes;

a su obediencia aprestarás tus alas,
y la Cítereas diosa
caricia deliciosa
prevenga en lo más blando de sus faldas,
vertiendo halagos entre dulce risa.

Júpiter déle imperio; déle asiento

eminente Diana;
mucho coro tejido,
quinta esencia del viento,
el Céfiro; el Favonio, manso aliento».

-Dijo-, y las flores todas,
a su reina inclinando las cabezas,
vinieron con su intento
a festejar las apacibles bodas.
Más galán el clavel que presumido,

de grana se advirtió, y ámbar vestido;
y por de su prosapia, lado a lado,
salió la melotisa de encarnado;
niña travesando, la violeta
se levantó con el olfato ufana;

jacinto en esta corte adelantado
de Telemón, que es último trofeo,
la sigue, y su color, con galanteo;
Constantinopla se presenta vano,
hermoseando púrpuras de Tiro,

en el galán de sus estrellas giro.
Al bostezar del alba más temprano,
con galas muchas y con más riquezas,
de doncel compostura,
salió de su retrete

el regio ramillete
que, entre las jerarquías de hermosura,
se alzó con la perfeta.
El alhelí, cuya virtud estima
el fármaco atendido,

si trasciende su fama,
en la vista se asienta
y alentado gabán de gualda ostenta.
De su casa el segundo con más rica,
más airosa librea,

el festín con sus gastos hermosea,
y si a hacer un cómputo se aplica,
más que suma y que resta, multiplica.
Trompas de aromas tantas y hermosuras
cándidas, aunque a oscuras,

en igual competencia, tres clarines
de mosquetas, siringas y jazmines
escandalizan, con igual ruido,
al trascendente, al perspicaz sentido.
Sucesión de alta rama,

el nardo que, eminente
primer rey escogido, ser pudiera
cetro galán del pueblo de las flores,
plateados olores
esparce en la que alcanza media esfera;

blando salió el narciso
que un instante a su vida forma un lustro;
rico el claro ligustro,
libreas -parangón de plata y oro-
ilustran su decoro,

parífrasi el aliento de la tela,
que, sin moverse, por el aire vuela.
De noche escandaloso, aunque de día
bizarreando, el azahar salía,
mientras la madre selva se enlazaba,

süave se prendía,
y el sitio con pastillas perfumaba.
Con tela doble se vistió el junquillo
de blanco y amarillo,
y la noble azucena,

cuya virtud en las distancias suena.
De morado galán el caballero
más süave enlazó, que rigurosa,
espuela pavonada, no de acero:
azul salió y morado,

jinete airoso, borceguí calzado;
y a toda flor le pareció delirio,
encrespase el pelícano pomposo,
junto al cándido lirio,
cuando la trinitaria religiosa,

admirable prodigio de pintura,
a las puertas salió de la hermosura,
gozando su reposo.

En su eclíptica, Clicie el movimiento
observa de su amor acelerado;

de Flandes llegó el geldre tan cargado
con un mundo de nieve,
que ambos volantes suda, y copos llueve.
Grande en España el tulipán sediento,
entre inmensas riquezas de colores,

la virtud olvidó de los olores,
y entre tantos placeres,
maravillas hicieron mercaderes.
Los dispuestos lacayos
-tréboles, angelinas, papagayos-,

los pajes y sirvientes,
todas las hierbas son, y son valientes,
de hierro no, cargadas de virtudes,
que si no venden vidas, dan saludes.
La majestad su omnipotente diestra

abrió, con bendición. Todo viviente
llenarse, ¡oh, cuánto!, ves, musa elegante,
puesto que eres maestra,
hija del elocuente,
alado mensajero,

de apóstrofe vestida,
color bien atendida,
vuelve el paso ligero,
la voz vuelve sonante,
al soberano actor, al tierno amante,

y dile así: «Señor, cuya grandeza,
sin ser comprendida,
todo lo comprende,
de quien, por quien, y en quien se engendra todo.
Tú, que con sabio proceder el modo

amas en cuanto obró naturaleza,
porque la hiciste en números cabales,
en peso justo y con igual medida.
Tú, que asistiendo en los volantes giros
que desplegaron a la luz tus dedos,

de tu quietud no sales,

sin comenzar principio,
y fin sin acabarse;
de cuyo nombre, claro participio
el reparo es del hombre, y alabanza

que a los tesoros de tu ciencia alcanza.
Tú, que al mar como infante lo envolviste,
con niebla obscura, entre nublado triste
y entre horriblos suspiros.
tú, que si alborotarse

las ondas procelosas atendiste,
cuando afligidas voces escuchaste,
imperioso en todo decretaste,
al agua, al viento, que estuviesen quedos,
los turbulentos mares hermo seas,

y en alas de los vientos te paseas.
Criador inefable,
cuya temida mano vencedora
retirada se encierra
dentro de las entrañas de la tierra,

adonde organizando las raíces
con mixtos elementos,
con sustancias, humores, calidades,
muestra las repetidas variedades,
en los verdes, fructíferos sustentos,

en formas de las flores y matices,
que sin pincel colora,
negando al más cuidadoso lo imitable.
Tú, que en este retazo lo agradable
recoger de las faldas de la Aurora

y, en estrecho hemisfero,
das a breve episciclo gran lucero.
Tú, que si me castigas, me consuelas,
me atribulas y animas,
me alegras, si me afliges,

y mi muerte no quieres,
puesto que así me estimas,
que a solas me corriges
-yo, a la luz que me das, busco quién eres-,
si a mi discurso en las distancias vuelas,

perdona mi alabanza,
que no se atreven mis manchados labios
en las querellas del amor y agravios;
perdona mi alabanza,
pues cuando vuela más, menos te alcanza.»

Pulchritudo ab intus.